



A HOUELLEBECQ YA NO SE LE LEVANTA

TEXTO ANTONIO ITURBE ILUSTRACIÓN WILLEM HESKES (IG: MONZOZMOM)

El gran adalid de la pornografía, la mamada como obra de arte y el coito en todas sus variantes y combinaciones como faro de la humanidad, nos muestra en *Serotonina* (Anagrama) a un protagonista, ingeniero agrónomo desencantado como fue él, que no solo tiene problemas de disfunción eréctil por el antidepresivo, sino que se le han quitado las ganas de follar. Nunca como en este libro Houellebecq habla tanto del amor, de la imposibilidad de retenerlo y del pozo en que caen los que no lo encuentran. Como lo oyen, el terrible Houellebecq se nos ha enternecido. A su manera, claro.

Emergió como una voz disonante en la literatura francesa, fumando cigarrillos y echándonos a la cara un humo de escepticismo que era, sigue siendo, una enmienda a la totalidad a nuestra hipócrita forma de vida occidental. Una Europa atrincherada en sus hoteles con encanto y su superioridad moral respecto a un mundo cutre asalvajado por los extremismos, la superstición de la religión, la incultura y la falta de respeto a los derechos humanos, mientras las empresas occidentales se hacen de oro deslocalizando las fábricas de nuestras marcas más selectas en países donde pueden contratar a niños y mano de obra por salarios miserables o (lo mostraba en *Plataforma*) Tailandia se convierte en destino predilecto del turismo sexual de europeos acomodados, con preferencia por chicas y chicos impúberes. Los protagonistas de sus novelas se hunden en una apatía socialdemócrata o liberal en un Occidente que, con un barniz de progresismo, a duras penas esconde un desesperado afán conservador para no perder sus privilegios.

Se califica a Houellebecq de gamberro o de provocador. En *Serotonina*, su protagonista, Laurent, se muestra indiferente ante el vecino alemán ornitólogo y pederasta, que filma masturbándose a una niña de diez años o considera la posibilidad de asesinar al hijo de una antigua novia para que así ella le haga caso otra vez. Pero Houellebecq es más que un provocador, es un moralista. No es azaroso que este libro pródigo en mamadas, termine en su párrafo final mencionando a Cristo, enmascarando con ironía una reflexión propia de un místico.

El desnortado Laurent tiene un compañero de estudios de la carrera de ingeniería agrónoma, Aymeric, el único que en vez de aceptar un empleo en Monsanto o en un negociado del ministerio de agricultura, donde espantar las moscas en un despacho, decidió hacerse agricultor en unos terrenos ancestrales de su familia. Laurent tiene un Mercedes 4x4, un buen sueldo y un trabajo descansado e inútil para el Ministerio de Agricultura fingiendo que hace algo por impulsar la denominación de origen de unos quesos normandos. Cuando lo visita por primera vez, su amigo está hasta el cuello de trabajo: se levanta a las cinco de la mañana para ordeñar de manera manual porque es mejor para las vacas, trabaja a destajo con su mujer para mantener en orden un castillo medio destartado y hacer frente a los gastos. Aymeric no entiende por qué cuanto mejor trabaja, con mejores estándares de calidad en su producto, peor le va. En la segunda visita, Aymeric está borracho y el castillo patas arriba: su mujer, harta de aquel infierno, lo dejó por un pianista inglés. La imposición de la restrictiva cuota láctea europea los está estrangulando, la leche que llega de otras partes de Europa está hundiendo el mercado. Aymeric está también hundido. Laurent le dice que su error fue casarse con una francesa de clase alta, que lo que ha de hacer es buscar por internet una esposa moldava o letona, con más ganas de trabajar y de follar, y todo se arreglará. Pero guarda armas en un cobertizo y las reparte entre otros colegas agricultores casi tan arruinados y desesperados como él. Están a punto de tomar las armas para cerrar el paso a los camiones que transportan leche importada de Europa. Si hacen eso y se plantan con sus escopetas de caza en la carretera, será una tragedia. Aymeric, con un fusil en la mano, se gira hacia Laurent y le dice “¿Estamos realmente jodidos, podemos intentar algo? ¿Debo intentar algo? ¿O debo comportarme como mi padre, vender la granja, renovar mi inscripción en el Jockey Club y acabar mi vida así, tranquilo? Dime lo que piensas”. Este sí es un dilema y no el de Hamlet haciendo el ganso con una calavera. ●



Serotonina
Michel Houellebecq
Anagrama
288 págs. 19,90 €.